

los obradores del mal, el terror de la sociedad, la peste de la República y la afrenta de la patria? Cultivad con esmero la ciencia y no practiqueis las virtudes. ¿Quereis, en fin, ser el consuelo y la luz de vuestros conciudadanos, el apoyo y la guía de la República, la gloria, el lustre y el ornamento de la patria? Unid las virtudes con la ciencia, en cuya feliz union consiste la sabiduría. ¿Quién de vosotros, por estúpido que sea, no se decidirá por este último término? ¿Quién de vosotros habrá tan necio que se niegue á seguir el camino de la sabiduría? Resolveos, pues, á buscarla por cuantos caminos fuere posible, vestíos de fortaleza y seguidla con todas vuestras fuerzas, trabajad dia y noche con perseverante afan, adquiriendo cada dia un nuevo conocimiento y afirmaos cada dia mas y mas en la práctica de todas las virtudes; y entonces podreis decir sin rebozo: Hemos cumplido fielmente el precepto que se nos impuso, hemos hecho ver á las naciones la cultura de que somos susceptibles.—HE DICHO.

## DISCURSO

*Pronunciado el 16 de Setiembre de 1874, por el ciudadano Dr. José Eleuterio Gonzalez.*

Utile est habere quos imitari primúm.  
mox vincere velis.

QUINTIL. L. I. C. II.

Buenos modelos contemplar importa  
para que luego superarlos quieras.

Grande solemnidad, por cierto, ciudadanos, es la que nos reúne en este fausto dia, dia de gloriosos recuerdos, dia grande de la Patria, dia de encomiar las excelsas virtudes de nuestros padres y las inmortales hazañas de nuestros libertadores.

Muchos y muy claros ingenios, que me han precedido en la honrosa mision que hoy desempeño, os han hablado largamente de los horribos desastres de la conquista; de los sufrimientos del pueblo mexicano en los trescientos años de su estado colonial, de los glo-

riosos hechos de nuestros héroes en los onoe años que duró la terrible guerra de independencia. De todo esto teneis noticia, nada de esto os es desconocido, todo lo sabeis. Por eso ahora me propongo solamente exhortaros á que imiteis, para bien y honra de la Pátria, las generosas acciones de algunos de nuestros mas ilustres próceres, cuyas glorias, con este laudable objeto, nos recuerda la solemnidad presente: porque no como un entretenimiento fútil ni por vana ostentacion han sido establecidas las fiestas nacionales: objeto mas grandioso, mas noble y mas elevado, ha tenido su institucion, fundada nada menos que en una ley primordial de la naturaleza, en la ley de imitacion. Echad rápidamente sobre el haz de la tierra una mirada investigadora y vereis como se afanan todos los séres animados por imitar á los de su especie: desde la pequeña abeja que no hace mas que construir un panal idéntico al en que vió la primera luz, hasta el corcel generoso en el que ya notamos un principio de emulacion cuando en la veloz carrera no se contenta con igualarse á su competidor, sino que hace poderosos esfuerzos por ir mas adelante y vencerlo en ligereza: desde el estúpido salvaje que vive errante en los desiertos por que así vivieron sus progenitores, y adereza las miserables pieles con que mal cubre su desnudez de la misma manera que las aderezaban

sus padres, hasta el hombre mas civilizado y progresista que examina con la mas profunda atencion las mejores obras de sus contemporáneos y de sus antepasados para imitarlas y, si es posible, corregirlas y mejorarlas: en todas partes se ve esa propension innata, ese instinto irresistible con que los séres dotados de sensibilidad son arrastrados por el torrente de la imitacion. En el hombre se nota mas que en los animales el poder incontrastable de esta ley: con razon ha dicho el sábio Albert: "*El hombre parece que no viene al mundo sino para imitar al hombre.*"

Si ponemos debidamente en accion esta fecunda ley, resulta la emulacion: sentimiento noble, eminentemente social, que nos incita á imitar y aun á exceder las acciones de otros, especialmente si son grandes ó generosas, no por envidia, sino por un impulso laudable, por un deseo de adquirir gloria y buena reputacion haciendo cosas dignas de ser alabadas. Asi es que en la emulacion está basada la perfectibilidad humana, la ley del progreso: porque si le fué dada al hombre, como el sello y distintivo de su especial naturaleza, la facultad de inventar y perfeccionar sus inventos, ¿de qué manera podría hacerlo si no es imitando y mejorando lo que imita? Todos los grandes hombres han sentido vivamente este deseo de hacer lo que otros hacen y superarlos en cuanto posible fuere. Agitado

andaba Temístocles por la noche en la plaza de Atenas; y preguntado ¿qué hacia? contestaba: “*El trofeo de Milciades no me deja dormir.*” ¡Ah! El ilustre guerrero sentía en el alma una necesidad imperiosa de hacer hazañas iguales, y aun mayores que las del vencedor de Maraton. Quinto Máximo y Publio Scipion decían, que al ver las imágenes de sus mayores se inflamaban sus ánimos y se sentían incitados á la virtud. El célebre Bufon, siendo muy jóven, en las ruinas del Herculano, sobre el sepulcro de Plinio sintió los primeros fuegos de su genio creador y se decidió por el estudio de las ciencias naturales, á las que dió despues tanto ensanche y tanto lustre.

La sociedad no ha desaprovechado nunca el conocimiento de estos insignes ejemplos y de las innatas propensiones que los produjeron: en todos tiempos y en todas las naciones se han decretado grandes honras á los mas ilustres ciudadanos, para que sean los modelos á que se ajusten los demas, despertando por este ingenioso y noble medio el loable sentimiento de la emulacion. Así es que las estátuas, las inscripciones, los trofeos, las oraciones laudatorias, y cuantas demostraciones honoríficas se hacen á los hombres ilustres, ni se dirigen ni aprovechan á los que fueron, sino á los que son. Mucho interesa á la sociedad todo esto, pues como ha dicho

muy bien el célebre Quintiliano: “*Util est tener primero á quienes imitar, para que quieras luego superarlos.*”

No esperéis, pues, de mí, ciudadanos, que en estos momentos solemnes con destempladas voces os incite al ódio, al resentimiento ni á la venganza, pasiones bastardas, sentimientos degenerados, que se oponen al espíritu de sociabilidad; por el contrario, os presentaré ejemplos dignos de ser imitados, virtudes heróicas que inflamen vuestros ánimos en el deseo de seguirlas, y aun de ir mas adelante y superarlas. Intentadlo así, oh ciudadanos, intentadlo así al menos, que todo debe intentarse en obsequio de la Patria. Para que á tan sublime esfera podais elevaros facilmente os diré con el sabio autor de la Fisiología de las pasiones: “*Vamos á desenterrar los ejemplos mas gloriosos para ofrecerlos perpetuamente á la imitacion de nuestros contemporaneos.*”

México era una colonia española, bien lo sabeis, que al cabo de tres centurias de estar sujeta y dominada intentó su emancipacion y la consiguió. ¿Pero en qué circunstancias lo hizo, y á quienes debe el inestimable bien de su independendia? Esto es lo que procuraré haceros ver.

Todo el mundo se hallaba conmovido, á los principios del presente siglo, por el general trastorno en que puso á la Europa entera

aquel genio colosal y turbulento que, recorriendo como el rayo desde las riberas del Nilo hasta lo interior de la Rusia, no daba punto de reposo á las naciones. Este hombre ambicioso, artero y trastornador puso los ojos en la España, la ocupó, y, arrancando á sus Reyes el Trono, colocó en él á su hermano. La nacion española se levantó entonces en masa para recobrar sus derechos arrojando al rey intruso. Extremeciéronse las Américas Españolas con tan ruidosos acontecimientos; y como no les faltaba el deseo de independerse; y como tenían ante los ojos el muy glorioso y palpitante ejemplo de los Estados Unidos de América, pensaron luego en proclamar su independencia aprovechando los trastornos y los conflictos en que por entonces se hallaba la madre Patria.

No fué México el último en pensar de esta manera. Desde que se tuvo noticia de las desatinadas y humillantes renunciaciones de Carlos IV y de Fernando VII, de la prision de éste en Valencey, de la ocupacion de España y de su alzamiento contra el usurpador, así como del estado lastimoso en que estaba toda la península ibérica, se despertó en el pueblo mexicano un deseo de libertad, columbrando un rayo de esperanza. El Ayuntamiento de México se atrevió á pedir al Virey D. José Iturrigaray la creacion de una junta que gobernara á nombre del Rey Fernando; pero

con entera independendencia de los diversos Gobiernos que se habian organizado en España, y que esto durara hasta el restablecimiento del órden. El Virey se mostró propicio á esta peticion; pero la Audiencia alarmada tronó contra él y contra el Ayuntamiento, y apoyada en algunos comerciantes descontentos, en ciertos comisionados de la Junta de Sevilla que habian venido y en el partido absolutista, que repugnaba todo lo que fuera juntas, depuso y aprisionó á Iturrigaray y á los mas ilustres miembros del Ayuntamiento. Estas prisiones fueron una señal de alarma, fueron un botafuego terrible que incendió todo el país; y desde el momento en que se verificaron, quedaron rotos para siempre los lazos que unian á los que despues se denominaron realistas é independientes. Grande era en aquellos dias la efervescencia, por todas partes se formaban juntas secretas para tratar de insurreccion, unas eran descubiertas y perseguidas, otras se formaban de nuevo y todos hablaban ya de una manera y con una libertad inusitadas hasta entónces. Todos se manifestaban dispuestos al alzamiento, mas les faltaba un hombre, un hombre que tuviera el valor suficiente para desafiar al potente Gobierno colonial y encabezara el movimiento revolucionario. ¿Y quién habia de atreverse á capitanear un pueblo visoso y desarmado contra un Gobierno bien establecido, bien organiza-

do, y en cuyas manos estaba todo el poder y todos los recursos, pudiendo, además, ser prontamente socorrido por las fuerzas de Cuba y aun por las de la España misma? Dificil y arriesgada era la empresa, en verdad, mas la bienechora Providencia, que nunca olvida ni abandona al desvalido, quiso dar el hombre que en aquel apuro se habia menester. El Benemérito Cura del Pueblo de Dolores, el inmortal Hidalgo, el Padre de nuestras libertades, la piedra angular del edificio de nuestra independendia, este fué el hombre que ha sido aclamado por nuestros padres y que hoy aclamamos nosotros voz en cuello: Generoso libertador del pueblo mexicano. Sin la resolucion heróica de este varon esclarecido é insigne, México fuera todavia una colonia como lo es la Isla de Cuba.

Se necesita para sacarnos del poder de la España, no el valor ciego que nace del sentimiento de la fuerza, no el valor forzado que engendra la necesidad cuando no hay manera de evitar un encuentro peligroso, no el valor pasivo que hace sufrir con ánimo sereno los dolores y los infortunios, no el valor pasajero que produce el entusiasmo; sino el valor filosófico y razonado hijo del deber y de la conviccion, en suma, el valor de Hidalgo. Dormia tranquilo este Venerable Anciano en la madrugada del memorable dia 16 de Setiembre de 1810, lo despiertan violentamen-

te á las dos de la mañana y le dicen: La conspiracion ha sido descubierta, lo que hemos tratado en la junta de Querétaro ha llegado á noticia de las autoridades, ya está dada la órden para aprendersos. En aquel momento supremo la opinion de los capitanes Allende, Aldama y Abasolo era que convenia huir y ocultarse como lo habian hecho los de la junta de Valladolid, en iguales circunstancias, y esperar mejores tiempos; mas como Hidalgo con la inspiracion del genio, la inclinacion del hombre libre y la firmeza del patriota, hízoles oir su voz: Aunque los autores de estas empresas, les dijo, no las gozan, sin embargo éste es el tiempo de obrar pronta y enérgicamente, éste es el momento precioso y oportuno que no debemos dejar que pase sin levantar en él el pendon de independendia. Aun le replicaron ellos manifestándole la temeridad de semejante resolucion y lo muy seguro y fácil que le seria evadirse; mas el héroe permaneció inflexible y logró, al fin, con la uncion de sus palabras infundir en el alma de aquellos desalentados capitanes su espíritu y su conviccion revivificando en ellos el entusiasmo amortiguado por lo que entendian ser prudencia; y ya decididos y resueltos, como lo estaba su Gefe, tardaron en comenzar la obra grandiosa de nuestra emancipacion lo que aquel ilustre caudillo tardó en ponerse sus humildes vestiduras.

Donde flaqueó el valor de expertos y agueridos capitanes se halló mas entero y robusto el de un anciano que jamás habia tocado una espada. ¡Que diferencia entre el valor guerero hijo de la fuerza material y del entusiasmo bélico, y el valor frio y sereno, filosófico y razonado hijo del deber y de la conviccion! Este último, que no excluye al primero, es el principal atributo de las almas grandes, es el mas importante de los elementos que entran en la composicion de los héroes. El nuestro lo poseyó en grado eminente y supo aprovecharlo para bien de nosotros, no solamente iniciando el movimiento salvador, sino enseñando á ser resueltos y valientes, primero á los insignes capitanes que tenia delante, y despues á las inmensas masas de hombres que lo seguian y circundaban. *“Mas sea de ello lo que fuere, dice un autor contemporáneo, la resolucion de Hidalgo fué de inmenso resultado para los destinos de nuestra patria, fué la pequeña causa de que resultan grandes consecuencias; una de las acciones que influyen en el adelantamiento y en el progreso de la humanidad.”*

Pasaré en silencio los gloriosos hechos de éste y de otros esclarecidos varones, porque os son bien conocidos, y os daré á conocer otro héroe no menos digno de nuestro agradecimiento y que nos toca mas de cerca.

Arreglaba en Guanajuato su numeroso ejér-

cito el inmortal Hidalgo, cuando he aquí que se le presenta un jóven muy apuesto, gallardo, fino, inteligente y de un aspecto sereno y apasible: era D. José Mariano Jimenez, estudioso é instruido mineralogista, que con tres mil hombres, reclutados por él, venia á ponerse al servicio de la recién nacida insurreccion. No pudo menos que prendarse de tan bello sugeto el ínclito vencedor de Granaditas, y dándole un despacho de coronel, le mandó organizar aquella fuerza y marchar con ella á la vanguardia del ejército. Honrosa distincion á la que él siempre correspondió dignamente. El dia 30 de Octubre, en la reñida batalla del Monte de las Cruces, Jimenez hizo prodigios colocando tan ventajosamente su artillería y dirigiéndola con tal tino, que el historiador Bustamante dice de él: *“Jimenez, aquel jóven estudiante de Minería, á quien se debió en gran parte el triunfo de Hidalgo en el Monte de las Cruces, y que dió tantas pruebas de patriotismo como de conocimiento en lo militar, aplicados á la Tormentaria ó Artillería.”* Tres dias despues de este esplendoroso triunfo quiso Hidalgo tentar un medio de acomodamiento con el virey Venegas. ¿Pero quién se atrevería á llevar la necesaria comunicacion, conociendo el genio terrible de aquel mandarin? El intrépido Jimenez se atrevió á poner el pliego en manos del iracundo virey arrojando el peligro de esta empresa.